

## **Pedro José Berrío**

**Por José Roberto Vásquez**

Signo expresivo de la unidad espiritual y del sentimiento solidario de los hombres, es su voluntad universal de pagar tributo de gratitud a aquéllos que en la implacable batalla de la vida, con ánimo superior, ayudaron a fijar el rumbo de la sociedad, aportaron su esfuerzo al progreso, dieron su contribución al bienestar común, y que, sumidos ya en el reposo eterno, siguen proyectando su influjo moral sobre la marcha de los pueblos.

Y advertidos de que el tiempo todo lo borra y diluye en el olvido, para mantener el culto de esos grandes benefactores, para dar presencia duradera a su memoria, acudimos a la virtud del arte, para confiarle la guarda de nuestros afectos, para que perpetúe en sus creaciones nuestra admiración, y para que, al desaparecer nosotros, transmita a la posteridad estos actos consagratorios como un mensaje de fe en los valores del espíritu.

Por eso se exploran con devoción apasionada los vestigios del pasado humano, para buscar en las reliquias del arte, en templos, monumentos, inscripciones, estatuas y poemas, el legado de pueblos extinguidos, que por medio de esos mensajes venerables nos hablan, con sugestión evocadora, de lo que en lejanos días hicieron, creyeron y amaron los hombres.

Así Antioquia, en esta ofrenda de mármol, simboliza la glorificación de uno de los nombres luminosos de su historia: el del General Pedro José Berrío.

De los hombres superiores, de los que descuellan entre las renovadas caravanas que hacen el viaje de la vida, pienso que no son unidades de creación aislada, caídos del cielo con dones de exclusiva su-

---

**NOTA:** En mayo se cumplió el primer centenario del nacimiento de este ilustre gobernador antioqueño. Como homenaje a su obra y a su nombre incluimos este discurso pronunciado por su autor en el acto de inauguración del busto del General Berrío en 1957, y cedido especialmente para esta Revista.

perioridad, sino hombres como los demás, sublimaciones de humanidad, sí, pero sólo hombres. Por que creo en la igualdad esencial de las almas, dotadas potencialmente de los mismos atributos, puesto que son, todas ellas, soplos de Dios y emanaciones de su Divinidad; pero que como nada vale la facultad sin su ejercicio, los egregios, los cimeros, los conductores, los héroes y los santos, resultan ser esas pocas unidades que, partiendo de la común arcilla, ejercitan sus potencias, usan su inteligencia, fortalecen su voluntad, magnifican sus virtudes, hacen de sus instintos fuerzas creadoras, y en las horas decisivas, sobreponiéndose a la debilidad, al miedo, a la tentación, al infortunio y a la muerte, conquistan esas alturas del espíritu. Porque si así no fuera, si la superioridad viniera como dádiva directa de Dios, qué mérito humano habría en ella? Ninguno.

Tomad la biografía de cualquier ungido de la gloria y, como se hace con la ganga que contiene un mineral precioso, batidla y descomponedla, y veréis que al reducirla a su última expresión de valor, lo único que resulta brillar y lucir con fulgor propio y con destellos de eternidad, son hechos y obras en que cristalizó el mérito bajo alguno de sus nombres de estudio, esfuerzo, trabajo, lucha, fatiga, desvelo, angustia y a veces martirio. Que ese es el precio a que hay que pagar la superioridad!

Por otro aspecto, los grandes son los que en su época logran encarnar los más vivos anhelos o satisfacer las mayores necesidades de los pueblos, y así sus voces expresan y sus mentes realizan lo que la congregación de los hombres ambiciona expresar y realizar.

Será entonces el libertador, en un pueblo oprimido; en otro, el que impone el orden donde reinaba la anarquía; en comunidades que tienen asegurados sus derechos y libertades, será el que impulsa la cultura y promueve la civilización; el sabio que revela las claves de la naturaleza; el santo que ilumina con su claridad los dominios oscuros del pecado; el maestro que pasa la voz de la sabiduría a las generaciones que empiezan; o el artista que encarna en la perduración del arte los motivos que suscitan la admiración de los hombres. Personeros máximos de la humanidad, y casi todos ellos discípulos del dolor.

En la vida del General Berrío se puede comprobar la verdad de que no es el logro fácil, el privilegio gratuito, la abundancia de bienes no ganados, ni el regalo de bajos placeres, el ambiente en que cuaja la superioridad. Hijo de un padre de tan ilustre categoría como el Doctor Pedro Justo Berrío, a quien la justicia histórica ha calificado como uno de los más geniales estadistas, heredó de su progenitor probidad y carácter excelsos, profundo sentido social y don de mando. Pero sin patrimonio económico y huérfano a los diez años de edad, desde temprano tuvo que empeñarse, solo, en una lucha ruda y paciente. Los días tormentosos en que cursó su juventud, y su pobreza, le impidieron adquirir una formación universitaria, pero había en él cualidades que lo destacaron como jefe desde su ingreso a la vida pública.

Sobre su nombre pesaba con grave compromiso esa gloria de su padre, que si era grande estímulo, mayores obligaciones le imponía, pues él no quiso ser mero usufructuario de un brillante apellido, sino

que luchaba por refrendar ese brillo con hazañas y méritos propios. Y cuando sus capacidades lo elevaron a conductor de hombres, lo fue a la altura de su raza y a la temprana edad de 30 años, guerrero por deber, que no por vocación, conquistó con su valor el título de General de la República.

Y desde entonces empezaron a aparecer, pulidas por su esfuerzo, las facetas de su alma de grande; nobleza de propósitos, tenacidad laboriosa, sobriedad y discreción, ruda sencillez de vida, comprensión del valor de los hombres y de sus debilidades, amor por la república, acendrado amor que lo llevó a posponer sus propios intereses a las necesidades del servicio público; ardiente devoción a su credo, que resistía a todo halago y soportaba toda adversidad; lealtad, incontrastable lealtad, que lo movió a estar siempre velando por su causa en los días en que el sacrificio no tenía más retribución que la conciencia del deber cumplido.

Momentos hubo en la vida del General Berrío, en que, incomprendido por muchos de los suyos, su magnanimidad no tuvo más galardón que el respeto admirativo de sus adversarios.

Pero, eso sí, en los días prósperos de su existencia, cuando se ganaban batallas con el concurso de su esfuerzo, siempre estuvo gallardamente dispuesto a cancelar agravios recibidos y a olvidar sus propios méritos.

De incorruptible dignidad ante los poderosos, benefactor de los humildes, estimador justo del mérito y de la virtud donde quiera que los encontraba, libre de la codicia lucrativa, fue la encarnación viviente y modelo del demócrata para quien, en el plano social, el único título de exaltación es el grado del esfuerzo en el cumplimiento del deber.

Tres veces gobernador de Antioquia, bajo las administraciones de los presidentes Carlos E. Restrepo, José Vicente Concha y Miguel Abadía Méndez, puso toda la energía de su bien templada voluntad, su devoción patriótica y la eficacia poderosa de su visión social, a impulsar el progreso de este pueblo, a realizar sus sueños de engrandecimiento siguiendo el mismo plan que ya había trazado su glorioso padre, quien echó las bases del porvenir de Antioquia sobre principios cristianos de honradez y de trabajo, amasados con indomable anhelo de libertad. Que ser honrados y laboriosos ha sido la fuente de la fortaleza de la gente antioqueña, su mejor título a ser prósperos y libres, y la cifra suprema de su orgullo colectivo.

Fue el cantor máximo de nuestras glorias y tradiciones el que exclamó por todos nosotros:

“Llevo el hierro entre las manos  
porque en el cuello me pesa”.

Altivo sentimiento que en términos semejantes repitió después un presidente de la Unión Norteamericana, Eisenhower, diciendo: “Para el hombre libre es siempre más liviano el equipo del soldado que la cadena del esclavo”.

Y en todos los factores que contribuyen a la civilización puso su mirada el General Berrío: en la educación, en primer término, por-

que entendía que el mayor deber de cada generación es preparar el bienestar de la que le sigue; en la reforma moral de los delincuentes; en el justo trato y miramiento humano del trabajador, realizando la preciosa máxima de Samuel Johnson de que “el valor de una civilización se mide por el grado de bienestar que procure a los humildes”; en el fomento de la agricultura, factor primario de la riqueza nacional; en las vías de comunicación, ramo en que por su iniciativa o por su impulso, se adelantaron la carretera al Mar, la ferrovía al Cauca y el túnel de la Quiebra; en la colonización interior; en la salubridad pública; en el ordenado y pulcro manejo del erario público; en la guarda del orden dentro del libre ejercicio de todo derecho y como nota dominante, un estímulo sistemático generoso y comprensivo a la juventud, a la que franqueaba, sin egoísmo, los caminos del triunfo.

De modo especial fue celoso del principio de autoridad, eje de toda vida social, principio que no es respetable por la sola investidura del mando, sino por la democrática y cristiana concepción de que el mandatario es personero y depositario de los derechos de la comunidad, de la voluntad popular expresada en las leyes, cuya letra y espíritu marcan el ámbito de las atribuciones y de las funciones del gobernante. Así lo entendió y practicó Berrío, e hizo que lo entendieran y practicasen sus subordinados y agentes, de modo tan austero que en varias ocasiones en que, en posiciones de gobierno, llegó a advertir que su personal convicción pugnaba con la opinión pública, prefirió hacer dejación del mando, porque si inquebrantablemente fiel a su conciencia, se sentía ante todo responsable de su calidad representativa del interés general.

Y luego, el escrupuloso afán por llevar al servicio público a los mejores ciudadanos, escogidos no dentro del círculo mesquino de los turiferarios, ni de los que se hacían presentes por obra de la intriga, ni de hombres cuyos intereses particulares pudieran sobreponerse a la función de servidores del bien común, sino entre los más calificados por su capacidad y por su limpieza moral. A este respecto, el General solía recordar el ejemplo memorable de su padre, cuando en funciones de presidente del Estado Soberano de Antioquia, y viéndose asediado por las aspiraciones de los que querían llevarle la mano, o cobrarle lisonjas imponiéndole recomendaciones en beneficio privado, redactó de su puño y letra y fijó al frente de su despacho esta admonición perentoria: “Suplico a mis amigos que me dejen gobernar”, con lo cual les notificaba que la función sagrada del gobierno no puede confundirse con el pago de favores personales.

Valiosa característica de su mentalidad fue el sincero respeto que siempre guardó por ideas y sentimientos contrarios a los suyos. Afiliado a un partido, pero no a sus errores, algunos de los recesos que presenta su carrera política se explican por disentimiento o inconformidad con rumbos o prácticas que juzgó equivocados, pues él nunca dió firmas en blanco en que pudieran respaldarse abusos con su nombre, ni aceptó que su adhesión a un credo político lo obligara a hacer causa común con interpretaciones que se apartaran de su moral doctrinaria.

Así, sin arrogarse ni aceptar dogmatismos laicos, le era fácil y habitual ser tolerante y reflexivo, oír y pesar las razones de todos antes de tomar sus propias decisiones, que eran inflexibles en cuanto tocaran con su conciencia, con el decoro, con el respeto de sí mismo.

Creía que el concierto de una democracia resulta precisamente de la libre discusión, no de la unilateral imposición de ideas.

Preguntado alguna vez por su acuerdo o desacuerdo con determinado jefe político, con quien compartió la dirección en varias campañas, dijo: "Nos hemos identificado muchas veces en métodos y propósitos, pero entre dos hombres libres, si de veras son libres, no es natural que estén siempre de acuerdo. Esto indicaría que uno de ellos sacrifica frente al otro su derecho de pensar".

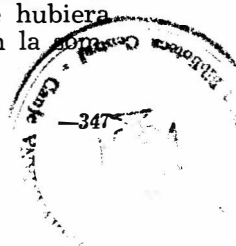
En lo que siempre se mantuvo seguro, invariable, fue en su respeto por la ley moral, cuyos preceptos no eran para él cosas sujetas a ensayos de laboratorio, ni que admitieran relativismos, pues profesaba que por más que avance la ciencia en sus dominios propios, nunca podrá poner en duda ni modificar el valor del sentido ético, el mandato de la caridad, ni la verdad de los Diez Mandamientos.

Así separaba su fé religiosa de los postulados mudables de la ciencia y de la conveniencia humanas.

Fue proverbial la claridad de su criterio, su capacidad de interpretación, respecto de problemas y procesos de carácter político y social. En este campo era consejero de singular penetración, talvez sin par en su tiempo. Y consistía el secreto de su sagacidad en el conocimiento bien aprovechado de la historia y en la experiencia de los resortes que mueven la conducta humana, todo unido a la rara virtud de poder juzgar objetiva e imparcialmente, sin que lo perturbara factor alguno de interés personal, con sinceridad, con independencia, con patriotismo.

Hombre de extraordinario equilibrio mental y de eficaz sentido práctico, como personero auténtico de nuestra raza que sabe que sólo se puede llegar al ideal pasando por los ásperos caminos de la realidad, no malgastó su dinamismo en palabras ornamentales ni en promesas ilusorias —como suelen hacerlo tantos curanderos sociales de la ralea demagógica— sino que se aplicó a conocer los problemas en su germen, en su esencia, y a darles soluciones efectivas dentro de las posibilidades del medio y con los recursos a su alcance, sin engañar a nadie ni engañarse a sí mismo, y por eso muchas realizaciones y empeños fecundos señalaron su paso por la administración pública.

Es un hecho, históricamente registrado, que en 1930 el nombre de Berrío, consagrado ya por el general respeto del país, jugaba con viva simpatía en numerosos sectores de opinión, como el de un candidato ideal para la presidencia de la república y como una solución conciliadora de las varias pugnaces tendencias. Tuvo enemigos esa solución —como no había de tenerlos!— pero el primer enemigo fue él mismo, quien por carencia de ambición y seguramente también por desdén ante el tono mezquino de esa lucha, no quiso dar un paso, que hubiera sido decisivo, ante el escenario político, y prefirió recatarse en la obra pacífica de su retiro, ante la rebatía personalista.



Muchos títulos existen, significativos de fama. Unos inspirados en la justicia, para designar y premiar los méritos, otros ideados por la vanidad para simular grandeza, varios que se ostentan con fines de provecho utilitario, y algunos que son meramente decorativos. Pero el más honorífico, el de mayor nobleza y auténtica valía, el que llena toda ambición democrática, el que para sí prefirió el Libertador, que conoció todas las formas de la gloria, es el de buen ciudadano.

Demos al General Berrío ese calificativo supremo, que bien mereció, y que expresa mejor que ninguno otro, la excelcitud de su carácter y de su probidad, la sencillez austera de su vida, su amor por la república, y la bondad radiante de su corazón.